Nicolás Medina Cabrera

# CÓNDOR REBOBINADO



Índice


| | |
|---|---|
| Cóndor rebobinado | 9 |
| Sueños de un sapo de micros | 17 |
| Fantasía de una corchetera | 24 |
| Renata | 28 |
| Por ese pan de comer | 36 |
| Baltra Aucó | 43 |
| El boceto | 54 |
| Vida de las piedras | 58 |
| Tú, yo, alguien, cualquiera | 73 |

A Irene por sobre todos los seres y objetos.

A mi padre y mi madre.

A la memoria de Armando Uribe Arce,
vidente oscuro de este país domado.

## Cóndor rebobinado

«El río invierte el curso de su corriente
El agua de las cascadas sube
La gente empieza a caminar retrocediendo
Los caballos caminan hacia atrás».
*La ciudad*, Gonzalo Millán

La ola se detuvo a veinte metros de la playa, quizá tuvo miedo de desintegrarse en un fugaz latigazo de espuma, y comenzó a recular hacia el Oeste, hacia Isla de Pascua, hacia el anémico sismo submarino que la había parido en algún profundo útero de Oceanía. El mar no sólo consintió la pirueta regresiva de la ola, sino que imitó su ejemplo. De tal modo empezaron a resucitar, una por una, olas fallecidas contra las rocas negras y el musgo atónito. Y el sol, como un baboso caracol de fuego, reptó a hundirse en el oriente.

Mucho antes (¿o después?) del alba inaudita, una colilla de cigarro enmendó su deriva en la costa chilena, deshizo el chasquido de lumbre apagándose en el agua, se despegó de la superficie marina trazando una parábola y aterrizó encendida en los dedos callosos de un pescador. El otro tripulante del bote amarillo exclamó:

!oìrf ecah euq atuP¡—

Y la colilla agónica creció un quinto, un cuarto, medio centímetro, uno, dos más hasta ser un Viceroy o un Pall Mall o un Marlboro contrabandeado de Argentina, todo un pitillo colgando de la resignación y los labios resecos del pescador. Entonces el ala izquierda del cóndor rozó las estelas en retirada del bote amarillo, sin que las retinas de los hombres de mar repararan en ella, sin que los pescadores pudiesen ver nada más que la carcoma invernal que les invadía los huesos. El ala izquierda fue flotando, luctuosa, más o menos mareada, distanciándose de las redes negras de nylon. Omitiendo el cruel resplandor de los anzuelos. Desanudando la madeja de la segunda muerte, pues la primera, como varios o pocos acatan, es el intragable espacio tiempo que precede al nacimiento y se anuda hasta el primer hecho universal, la explosión originaria, el átomo indecible, lo que ciertos creyentes definen como Dios.

Pero lejos de los talismanes humanos de la física, es decir, en las aguas oscuras del mar austral, las merluzas regurgitaron pedazos de ojos habituados al cielo. Cangrejos restituyeron minúsculos fragmentos podridos. Doscientos vestigios de cresta majestuosa se lavaron de jugos gástricos. Esa masa confusa, reconfigurándose dentro de un lobo marino, transitó con mansedumbre los intestinos, el amplio estómago graso, y se hizo casi cresta en el esófago. Ya reconstituida, distinguible, la cresta escaló por la garganta hasta fugarse de los dientes perplejos del mamífero.

Y todavía flotando solitaria, el ala izquierda buscó la cresta. Esa solitaria cresta que, a su vez, boyaba como un triste barquito de carne arrugada para juntarse con su querida cabeza náufraga. También con las negras plumas que la recia brisa del Pacífico retraía. Y también con el torso sucio y desmembrado que las gaviotas, como monjas carroñeras, despicoteaban en la playa profanada de Llolleo, ahí en las cercanías de San Antonio, donde el océano lleva millones de años engullendo al Maipo y a sus pesadas aguas de greda.

Súbitamente el torso empezó a sacudirse, trasladado por una jauría de perros huachos que lo recompusieron sin quererlo, que lo emplumaron revertiendo mordiscos y lo depositaron, oh, pobre torso, en la ribera infecta, sembrada de sapos y pañales cagados y trozos verdes de botellas de vino.

El Maipo demoró unas horas en reclamar al torso para sus aguas turbias. Y el torso necesitó apenas dos meandros río arriba para restituirse de la primera pata y la cabeza enterita, tierna, con ojos claros y cresta y pico, aquel curvo pico hecho para rajar nubes. La pata faltante se soldó al cuerpo quinientos metros después (¿o antes?) que el ala izquierda. Y el ala diestra, todavía algo tiñosa en el curso inverso del agua dulce, se desenganchó del pilar de un puente para concretar la reunión, el conjuro, la suma íntegra del cadáver.

Aunque inerte, la integridad permite hablar ya de cóndor. Del húmedo vultur gryphus que se interna tierra adentro, justo en sus plumas, remontando la necrosis sobre el lecho del

Maipo, avecinándose entre los remolinos terrosos al ardor de la bala. Allegándose al gesto azul de espanto, de ojillos tristes en el aire, de bestia desprevenida en su prado de aire infinito.

El sol fue velando la emplumada mortaja en reversa. A treinta kilómetros de la costa estuvo tibio. Las ramas mudas de un sauce, una botella plástica de Bilz, un oso de peluche minusválido, una pelota hecha mierda y un banderín del Colo-Colo, incluso una muñeca tuerta: tantos objetos escoltaron al cóndor en su revuelta corriente, componiendo un cortejo fúnebre que pretendía ascender los riscos andinos, la nieve blanda, los días consumados y el brutal cariño de la existencia.

El cóndor se aproximaba a ser. Iba rápido en las aguas como un vector de mercurio dirigido al corazón del ayer. Iba hacia su propio cascarón, a la época coincidida con su madre cóndor o tal vez más allá. Mucho más allá. Muchísimo más allá. Ese vector acaso pretendía rebautizar el imperio bananero de las micros amarillas y sus choferes encocados, sus boletos minúsculos y sus legiones de sapos apostados en los paraderos. Quizá deseaba atestiguar la camada de su abuelo cóndor: los telégrafos y su cablerío de postes piñiñentos. La reverdecida Pérgola y sus floristas tempraneras, el pregón ambulante del moteméi y la deriva cotidiana de un Sancho Panza sureño que se arruinaba los pulmones gritando: «¡Leeeechee! ¡Leeechee e burraaa!». Tal vez ese vector alado quería estancarse en un tiempo preciso, vislumbrar una época determinada de la capital desde un palco aéreo, cuando la Pérgola antedicha convivía con tranvías y carros de sangre. Cuando la iglesia

de San Francisco no era la cicatriz desierta de un reino espiritual en franca decadencia y los curas vociferaban el credo en vigoroso latín. Cuando los cirios encendidos lloraban cera e iluminaban la hipocresía o la sincera culpa de las pechoñas de alta alcurnia, de los canillitas lustradores de zapatos, de los mercaderes que aún habitaban el cordón de la Plaza de Armas. Cuando el loco Pepe hacía de las suyas reventando las bóvedas bancarias y el cabro Carrera era un cachorro malevo que practicaba atletismo delictivo en las esquinas de Franklin. Cuando el Barrio Matadero era fiel reflejo de su nombre y el aire repartía puñados de olor a coágulo y los cuadrinos raspaban los adoquines de las madrugadas con sus patas duras de perro. Cuando los obreros rojos montaban los andamios del Edificio Gabriela Mistral y no sabían (ni tenían cómo carajo saber) que los lentes y los sueños serían sustituidos por balas y bototos, y que allí mismo, a los pies de esa torre erigida con sudor y algo más que lágrimas, unos chincoles futuros bailarían coreografías de pop coreano.

Así el cóndor se acercaba un cachito a los almanaques fulminados y a las revistas Estadio; a las caminatas sin escolta de los presidentes y a las nubes de algodón sin roña, cuando Ñuñoa y La Florida eran un adormecido ajedrez de chacras y cuando miles de quinceañeras se derretían el corazón escuchando tangos y boleros, despreocupadas de la vejez, completamente indiferentes a la mudez invariable que enfrentarían en la fosa, ya solas, ya sin que existiera una Bombal o a una Mistral que les acariciara la huesa con una pluma de tinta y polvo.

O tal vez el propio río buscaba invocar a cóndores bisabuelos, aguas más cercanas al Balmaceda que empapeló sus sesos tórridos en una habitación de la embajada argentina; frescas aguas independentistas de la batalla de Maipú o aguaceros de La Chimba, embriagada hasta la tuza de zamacuecas y prostitutas zapateando en la reyerta cuchillera. U otras aguas. Ondas vecinas al parto colonial de un pueblo que ya, desde su mestiza fundación violenta, sabía lo que era el dominio de la pólvora, cómo latía el hambre tachonada a las paredes del estómago, cuán cotidiano era resignarse ante la ruleta enloquecida del destino. Un pueblo que, tal vez, como casi cualquier pueblo de la época, veía con odio y envidia a la soberbia en carruaje, vestida de levita y peluca, mientras la justicia ofrecía su ceguera al mejor postor y tres pililos andrajosos se peleaban un pan duro a pocas cuadras del juez.

No se sabe si al río Mapocho le tincaba gozar dos brazos otra vez y arrear su corriente en dirección a las carretas y la Pila del Ganso, ¡olas arriba, mierda! Olas arriba hasta presenciar las locomotoras de la Estación Mapocho y la ocasión en que su potencia fluvial reventó al Puente Cal y Canto. Aguas atrás y fuerte iba el afluente, queriendo rebobinar cinco siglos para reflejar otra vez las loicas sin cables de alta tensión, los zorros agazapados entre los litres. O los pies descalzos de hombres que veneraban su ribera como si besaran la arteria abierta de una deidad.

¿Y el ave? El cóndor va o iba o irá en el Puente del Arzobispo, arañando casi el instante de resurrección, a medio punto de los espasmos, a pocos minutos de la muerte ya nunca jamás inexorable. Se mueve invalidando su marcha anterior en el ombligo de Sanhattan, sorprendiendo y quitándoles la sorpresa a unos escolares cimarreros que soplaban y alargaban un pito. Luego flota en las imperiales pezuñas de la embajada gringa, eludiendo la sombra obscena del Costanera Center y las pupilas de los escasos santiaguinos asomados al río. Va tibio e inerte en El Arrayán y esa porción de arroyo que se derrama glacial, helada, torrencial y verde de tanto cobre.

Entonces sucede:

El cóndor perfora un umbral y entra agonizando a la vida. Se desahoga en la espuma batida del río, y treinta segundos antes emerge del agua, raudo, velocísimo, retrotrayendo su caída en picada hasta estremecerse, con la sangre retornando a sus venas y la conciencia deflagrándose sobre un manojo de nubes.

La bala retrocede. Sale del pecho emplumado para acudir al humeante hocico de la escopeta y después a la mano alevosa del cazador.

Ya no existe el dolor gratuito ni el orificio fatal. El ave se cuelga de una entumecida hebra de oxígeno.

Se eleva el cóndor sin sospechar el advenimiento de la muerte, el absurdo hijo de puta camuflado en una quebrada y con un rifle en las manos. El ave vuela grácil mientras el sol manosea la anilina azul de Los Andes. Sus ojos anaranjados

ven allá, en la plana lejanía del valle, una monstruosa maqueta de luciérnagas que los hombres llaman hogar, capital, ciudad, pocilga, selva o Santiago.

## Sueños de un sapo de micros

El bar se iba despoblando. Adrián espantó un moscardón de un manotazo. Enseguida, quizá imantado por el cansancio o la nostalgia, alejó su tedio del televisor y sapeó la fotografía que colgaba detrás de la barra. La imagen lucía algo huérfana y descolorida; contrastaba como un señuelo opaco entre las botellas brillantes y los afiches cerveceros de vedets en bikini. Era, pese al desgaste, una toma aérea perfecta. Había sido obtenida desde un helicóptero o un avión y procuraba inmortalizar un parpadeo noventero de la Plaza Italia y el Parque Bustamante, justo en los meses en que se construía el burdo edificio con forma de teléfono celular. Adrián paseó su atención en las montañas nevadas, en las fachadas paltonas de los edificios antiguos, también en un cielo sin nubes que parecía sobajeado con polvo de tiza. Y después, dándole el bajo a la caña de vino, encalló sus ojos en las micros amarillas.

La perspectiva de esos buses chillones lo entreveró de tristezas. Le recordó la época en que su vida se barajaba en la salvaje fauna microbusera; casi veinticinco años en los que había aprendido a mentalizar los tiempos de las máquinas como si se tratara de una carrera de galgos o una lotería amañada. En esos calendarios irreversibles, Adrián palpitaba una especie de

justificación cotidiana. Se sentía un mínimo dueño de algo: era un engranaje, sí, una golilla o un pistón en una maquinaria monstruosa. Una tuerca pequeña, pero definitiva, dotada de importancia. Los paraderos eran su hábitat natural, tronos esporádicos y oxidados en los que él, un patiperro venido del sur del país, se sentaba a calcular el ritmo y las taquicardias de la capital. Y la plata, sumando y restando expectativas, no era tan mala como...

De pronto suspiró y sintió el peso casi muerto de los bototos de seguridad. Se rascó el logo bordado de la empresa de aseo que lo estrujaba a cambio de un sueldo mezquino. Concluyó que esas viejas jornadas en los paraderos eran días pulverizados, apenas el sarro de un recuerdo entre las muelas. Posó otra vez la mirada en la fotografía de Plaza Italia, y la riada de micros amarillas se le antojó como un reguero de fiambres Metalpar o un desfile de dinosaurios de hojalata. Entonces Adrián notó una corriente en las tripas, una tensión difusa que le hormigueaba venas adentro y que, además, le distorsionaba la visión. Se inclinaba a una repentina duda, a la impresión de hallarse encanado en la garganta de un sueño.

—¿De qué año es esa foto, oiga? —preguntó Adrián.

El ropero de tres cuartos que regentaba la barra no se dio por aludido y siguió mirando hacia la puerta del antro, con la boca apretada como un alambre de púas. Llevaba una camisa rojo infame, desabotonada hasta el esternón, que develaba con orgullo una alfombra de vellos ensortijados y un tatuaje borroso del indio del Colo.

—Oiga —Adrián insistió.

Luego pasó revista a su alrededor: la fuente de soda se adormecía, casi vacía. Lo estaban ignorando con descaro.

—¡Oiga, compadre!

El hombre reaccionó. Cogió una botella de vino por el mango y se abalanzó sobre Adrián, quien únicamente atinó a juntar las pestañas y aguardar el microsegundo en que el cristal reventaría contra su cráneo. No llegó, sin embargo, el filo del dolor junto al estruendo de huesos o vidrios reventados. En la vertiginosa y casi atemporal penumbra oyó una voz familiar, un llamado insistente, ronco, acompañado de bocinazos.

Adrián separó los párpados como si resucitara. Era de noche y estaba sentado a la intemperie, en un paradero descascarado de la rotonda Grecia. El invierno zurcía ráfagas heladas que se colaban por debajo de su chaqueta de mezclilla. A unos metros de sus zapatillas sucias, en la calzada, bostezaba el motor enfermo de una micro detenida. Adrián leyó el nombre de recorrido con pasmo: 690 Peñalolén-Lo Sierra.

—¡Chucha que te demoraste en espabilar, oh! —Adrián reconoció el vozarrón del chofer—. ¡Ni que hubierai visto al Caleuche! ¡Buenas noches, mi leidi, me presta la carita pa ir a un velorio!

Adrián rio de vuelta y subió al bus. El chofer sonreía con un pucho bajo el bigote de brocha, encimado sobre el manubrio, la obesa espalda de lobo marino torcida hacia delante, curca. Traía el mentón tenso como una ballesta y un par de ojeras de colección. Llevaba, seguramente, entre trece y quince horas

sentado al volante. Portaba, también seguramente, un gramito de caspa de diablo entre la nariz y las venas. Aunque no había resto alguno de nieve boliviana en la ñata chata de boxeador.

—Buenas noches, don Lalo.

—No tan buenas parece, poh, cabro. ¿Qué andái haciendo a esta hora dormío en el paradero? ¿Anduviste cayéndote al litro?

—No, pa na. Me noqueó el sueño nomá.

El bus reanudó su resfalosa al poniente. Además del sapo y el conductor, sólo quedaba en la micro una pareja de veinteañeros en los asientos posteriores. El reloj debía zapatear cerca de las dos de la madrugada.

—Que no andabai chupando, ¡ja! Esa no te la cree ni el Papa, poh Adrián. Traís el manso tufo a colonia.

—¿En serio? La legal que no andaba cañoneándome, don Lalo.

—Tomemo ahora entonces, poh. Termino el recorrido cuando se bajen esos dos tortolitos de atrás. Me llevo la máquina pa la casa. Mañana estoy libreta, mi señora se va pal campo en la tarde. Con que yo despierte a la hora de almuerzo, estamos al otro litro. Además que necesito pegarme un par de pencazos pa quedarme dormido. Vos sabís que un remedio cura al otro.

Adrián titubeó y se tanteó los bolsillos. Don Lalo se adelantó:

—No te preocupí, huacho. Guarda las chauchas. Yo te auspicio.

—Vale, don Lalo. Pucha que es paleteado usté. De verdad gracias... pero, ¿no se enchucha su mujer si loh vamoh a tomar a esta hora?

—Bah, ¿y quién dijo que íbamoh a mi casa? Vamoh a uno de los clandestinos baratos que yo conozco. A ese donde fuimos la otra vez con el chico Meléndez, ¿te acordái? Esa casona antigua por ahí por Matta. Además que ese queda cerca de tu leonera, ¿o no?

—Sí, poh, me queda recerca. Al lado.

En el claroscuro del clandestino restallaban las risas masculinas; un tenaz aliento a parafina y aserrín se aguachaba en las narices. Como era día de semana, revoloteaba una sola golondrina; gorda y pintarrajeada, navegaba entre las mesas como un falucho en ascuas. La tía recia que mandaba el antro había saludado a don Lalo con un abrazo largo, empalagoso, entre lascivo y fraterno. Les había convidado una pilsen de cortesía, y don Lalo se había matriculado al toque con una botella de pisco y un litro de Coca-Cola.

Iban parloteando el segundo combinado cuando el caracho de Adrián se detuvo en una mueca ida, de perro ciego.

—¿Qué te pasa a voh, cabro? —preguntó don Lalo—. Cuenta la firme, como que andái en la luna hoy día...

—No sé. Estoy pensando.

El chofer se contruyó un mohín irónico en la cara y preguntó:

—¿Y te creís filósofo ahora? Ya, suelta la pepa… ¿qué te pica?

Adrián demoró el sorbo y esperó que la piscola le endulzara el buche. Se calló unos segundos y miró de refilón las otras mesas, los nubarrones de tabaco, el baile mudo de la prostituta carnosa con el tata cirrótico. El wurlitzer escupió el coro de una balada de Los Ángeles Negros, y Adrián confesó:

—Tuve un sueño entero raro, don Lalo.

—¿Cuándo?

—Ahora, ahora nomá, cuando estaba pestañeando en el paradero.

—¿Y, quí pa? ¿Soñaste con la pelá que quedaste tan espantado?

—No. Pa ná. Pero era un sueño cuático, entero loco. Y lo peor es que parecía de verdá. Ni yo cacho de qué cresta se trata.

—Cuéntalo, po, total no hay apuro.

Adrián se rascó el mentón e intentó ordenar los pormenores, la tincada de realidad que exudaba la foto ensoñada de Plaza Italia, toda una serie de sensaciones que describiría a trompicones. El relato fue tejiéndose entre sorbos voraces y preguntas agudas de don Lalo. Mientras la narración avanzaba, tanto Adrián como don Lalo aquilataban los detalles y apostaban un posible sentido. El sueño, aunque involuntario, era obra completa del sapo de micros. El chofer era espectador neutral y acaso por eso lograba hilar más fino. Cuando estaban más cufifos que un tonel de vino, don Lalo ensayó una síntesis del sueño:

—O sea que voh, Adrián, soñaste que estabái así como en el futuro. Que estabái más allá del año dos mil y estábai